

blar de él y se apretaba a preguntar por el enfermo a las puertas del mandarín, que los miraba de arriba abajo, y decía: "¡Puh!". "¡Puh!" repetía la pobre gente, y se iba a su casa llorando.

Pálido y frío estaba en su cama de randas y colgaduras el emperador, y los mandarines todos lo daban por muerto, y se pasaban el día dando las tres vueltas con los brazos abiertos, delante del que debía subir al trono. Comían muchas naranjas, y bebían té con limón. En los corredores habían puesto tapices, para que no sonara el paso. No se oía en el palacio sino un ruido de abejas.

Pero el emperador no estaba muerto todavía. Al lado de su cama estaba el pájaro roto. Por una ventana abierta entraba la luz de la luna sobre el pájaro roto, y el emperador mudo y lívido. Sintió el emperador un peso extraño sobre su pecho, y abrió los ojos para ver. Vió a la Muerte, sentada sobre su pecho. Tenía en las sienes su corona imperial, y en una mano su espada de mando, y en la otra mano su hermosa bandera. Y por entre las colgaduras vió asomar muchas cabezas raras, bellas unas y como con luz, otras feas y de color de fuego. Eran las buenas y las malas acciones del emperador, que le estaban mirando a la cara. "¿Te acuerdas?" le decían las malas acciones. "¿Te acuerdas?" le decían las buenas acciones. "¡Yo no me acuerdo de nada, de nada!" decía el emperador: "¡música, música! ¡traiganme la tambora mandarína, la que hace más ruido, para no oír lo que me dicen mis malas acciones!" Pero las acciones seguían diciendo: "¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?" "¡Música! música!" gritaba el emperador: "¡oh hermoso pájaro de oro, canta, te ruego que cantes! ¡yo te he dado regalos ricos de oro! ¡yo te he colgado al cuello mi china de oro! ¡te ruego que cantes!" Pero el pájaro no cantaba. No había uno que supiera darle cuerda. No daba una sola nota.

Y la Muerte seguía mirando al emperador con sus ojos huecos y fríos, y en el cuarto había una calma espantosa, cuando de pronto entró por la ventana el son de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, estaba cantando el ruiseñor vivo. Le habían dicho que estaba muy enfermo el emperador, y venía a cantarle de fe y de esperanza. Y según iba cantando eran menos negras las sombras, y corría la sangre más caliente en las venas del emperador, y revivían sus carnes moribundas. La Muerte misma escuchaba, y le dijo: "¡Sigue, ruiseñor, sigue!" Y por un canto le dió la Muerte la corona de oro: y por otro, la espada de mando: y por otro canto más, le dió la hermosa bandera. Y cuando ya la muerte no tenía ni la bandera, ni la espada, ni la corona del emperador, cantó el pájaro de la hermosura del camposanto, donde la rosa blanca crece, y da el laurel sus aromas a la brisa, y dan brillo y salud a la yerba las lágrimas de los dolientes. Y tan hermoso vió la Muerte en el canto a su jardín, que lo quiso ir a ver, y se levantó del pecho del emperador, y desapareció como un vapor por la ventana.

—¡Gracias, gracias, pájaro celeste! decía el emperador. Yo te desterré de mi reino, y tú destierras a la muerte de mi corazón. ¿Cómo te yo puedo pagar?

—Tú me pagaste ya, emperador, cuando te hice llorar con mi canto: las lágrimas que arranca a las almas de los hombres son el único premio digno del pájaro cantor. Duerme, emperador, duerme: yo cantaré para ti.

Y con sus trinos y arpegios se fue durmiendo el enfermo en un sueño de salud. Cuando despertó, entraba el sol, como oro vivo, por la ventana. Ni uno solo de sus criados, ni un solo mandarín, había venido a verlo. Lo creían muerto todos. El ruiseñor no más estaba junto a su cama: el ruiseñor, cantando.

—¡Siempre estarás junto a mí! ¡En el palacio vivirás y cantarás cuando quieras! ¡Yo romperé al pájaro artificial en mil pedazos!

—No lo rompas en mil pedazos, emperador: él te sirvió bien mientras pudo: yo no puedo vivir en el palacio, ni fabricar entre los cortesanos mi nido. Yo vendré al árbol que cae a tu ventana, y te cantaré en la noche, para que tengas sueños felices. Te cantaré de los malos y de los buenos y de los que gozan y de los que sufren. Los pescadores me esperan, emperador, en sus casa pobres de la orilla del mar. El ruiseñor no puede ser infiel a los pescadores. Yo te vendré a cantar en la noche, si me prometes una cosa.

—¡Todo te lo prometo!—dijo el emperador, que se había levantado de su cama, y tenía puesta la túnica imperial, y en la mano su gran espada de oro.

—¡No digas que tienes un pájaro amigo que te lo cuenta todo porque le envenenarán el aire al pájaro!—Y salió volando el ruiseñor, y echando al aire un ramillete de arpegios.

Los mandarines entraron de repente en el cuarto, detrás del mandarín mayor, a ver al emperador muerto. Y lo vieron de pie con su túnica imperial; con la mano de la espada puesta al corazón. Y se oía, como una risa, el canto del ruiseñor.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé!—dijo el gran mandarín, y dió diez y ocho vueltas seguidas con los brazos abiertos, y se echó por tierra, con la frente a los pies del emperador. Y a los mandarines arrodillados en el aire, les temblaba en la nuca la cola.

Versión libre de José Martí.

(La Edad de Oro. Nueva York, 1889.)

Dos glosas del Padre Pallais

=Colaboración directa=

La glosa de los calumniadores

(A mi amigo muy noble y muy ilustrado don Manuel Antonio Carazo).

Hablando de una ciudad quemada, decía yo: "Las doce tribus de ruinas es". Podemos hacer sin embargo, queriendo, que se levanten aquellas no casas y con un nuevo vestido glorioso y moderno de cemento armado por ejemplo. Pero la casa de tu honor quemada (este verbo no sirve, hay otro más expresivo) por obra y gracia de la calumnia, quién podría levantarla y cuándo? Aquí sí que puede decirse las doce tribus de ruinas es.

En el bosque profundo, alta mar de los árboles, abrimos los ojos para ver y nada vemos! Una hoja y otra, y otra y quién sabe cuántas hojas más innumerables y las raicillas y las ramas y ramúnculas, ¡contadlas si podéis! y tan sencilla la luz, y tan simples nuestros ojos y tan enmarañada, en un laberinto de caminos sin camino, la complicación botánica.

Pues así, en la calumnia. Un asesinato y otro y otro y quien sabe cuántos asesinatos más innumerables, y las cobardías y las emboscadas y las traiciones y las hipocresías, ¡contadlas si podéis! y tan sencilla la luz y tan simples nuestros ojos y tan enmarañada en un laberinto de caminos sin camino, la complicación de la mentira que se viste con el vestido de la verdad.

El nombre científico del armado es muy significativo, *dasypus novemcintius*. El adjetivo griego *dasus*, áspero, erizado y las dos palabras latinas *novem* y *cintius*, nueve veces ceñido, nueve cinturas o una sola cintura de nueve complicaciones. No sé porqué pensamos en la calumnia.

Era mi vida como un espejo y vino el calumniador y dijo una palabra complicada, áspera *dasus* y al punto comenzó la ese en mi camino y en cada una de las vueltas de la ese, innumerables espinas, (*dasus*) y mi pobre alma iba y volvía por las vueltas de la ese, espinándose, hasta que vino a quedar nueve veces ceñida por el cinturón rojo de las iniquidades del mundo.

Cuándo vendrá el día de Nuestro Señor Jesucristo? Entonces será la mañana de la verdad desnuda.

La glosa de los estudiantes universitarios

Fué, pues, una alegre realidad viva, la velada de los estudiantes universitarios.

Y tan real y tan viva y tan alegre, que vivimos durante cuatro horas en París, en la buena ciudad de París del siglo XV y Francisco Villón estaba con nosotros, pensando sin duda en dos nuevas baladas, la de la perfecta risa y la de los estudiantes del tiempo de hoy.

Y tan alegre y tan viva y tan real la noche de los estudiantes universitarios que veíamos con nuestros ojos de niños grandes, a nuestro pentagruélico Francisco Rabelais y oíamos de labios de un *drole* hermano legítimo de nuestros monimbenses, el famosísimo epitafio: "*Une vigno prendra naissance, de l'estomac et te la panse, tu bon Rabelais qui boivait toujours cependant qu'il vivait*". No es el vino vulgar de los serviles aduladores que van bailando en las pantominas del gobierno constituido; sino el vino inteligente de los niños terribles para cantar verdades como un evangelio a la universidad, al alto clero, a la magistratura, a la nobleza y al rey. "Es porque es costumbre de mancebos usada" hubiera dicho el regocijadísimo Arcipreste de Hita no "querer sempre tener alguna enamorada sino querer sempre decir todo aquello que los grandes señores no quieren oír" Y tan alegre y tan real y tan viva, que nunca como en esta noche, entendimos la verdad verdadera de aquellos versos de Horacio: "Tulit eloquim insolitum facundia preceps".

Y nunca me acordé tanto de los pájaros de Aristófanes. Sólo los estudiantes son pájaros; todos los demás, demagogos, sofistas, gramáticos, literatos, caballeros bayardos que de Bayardo no tienen más que el nombre, payasos, políticos y palabreros, todos ellos son las "nubes", "los caballeros", "las avispas"; sólo los estudiantes son "los pájaros".

"¡Tío, tío, tío, trío, trío, trío, tiotó, tiotó, tiotó, triotó, triotó, triotó, totobrix, totobrix, totobrix".

Algarabía de pájaros y nada más, así dicen los viejos; pero si sois todavía jóvenes, podéis oír, debajo de aquellos trinos, y a tres voces, la misa cantada del mundo.

A. H. P a l l a i s

En Brujas de Flandes, a los trece días del mes de Agosto de mil novecientos treinta.